

# POR UNA ESCUELA MEJOR. PRESENTACION

José María Ortíz de Orruño\*

---

---

Cuadernos de Sección. Educación 8. (1995), p. 9-14.  
ISBN: 84-87471-94-3  
Donostia: Eusko Ikaskuntza

---

\* Compilador

## PRESENTACION

La inquebrantable fe de los ilustrados en el progreso exigía el avance constante de 'las luces' por medio de la educación. Como todos los reformadores sociales, creían en la función liberadora de la enseñanza como instrumento del progreso material y como fuente de armonía social. Por eso la cruzada que los ilustrados emprendieron contra la ignorancia se acabó convirtiendo en la principal seña de identidad de la modernidad. Sus herederos intelectuales, los liberales, también hicieron de la lucha contra la incultura su bandera. Tanto que los primeros textos constitucionales obligaban a los gobiernos a poner en marcha ambiciosos planes de instrucción pública y limitaban el disfrute de los derechos políticos únicamente a cuantos varones supieran leer y escribir. Pero la realidad demostró que para poner en marcha esos planes de escolarización no bastaban las convicciones morales (rescatar a los ciudadanos de la ignorancia) o políticas (difundir a través de la escuela la nueva conciencia nacional) de las élites. Sólo la expansión capitalista y la creciente complejidad de un proceso productivo necesitado, de una mano de obra cada vez más instruida y especializada allanó las resistencias de cuantos se oponían al enorme esfuerzo fiscal que implicaba la escolarización masiva de la población. Más ya a finales del siglo pasado el retroceso del analfabetismo resultaba evidente en los países más desarrollados de Europa Occidental, América del Norte y el Pacífico. Bien es verdad que ese proceso no afectaba por igual a todos los países desarrollados, y que dentro de un mismo país podían detectarse importantes disparidades regionales.

Eso es precisamente lo que ocurrió en España. La larga y enconada pugna entre absolutistas y liberales que ocupó el primer tercio de la centuria retrasó la entrada en vigor del primer plan de instrucción pública hasta 1857. Pero la famosa Ley Moyano se vio lastrada por la falta de recursos económicos. El gobierno central encomendó a los ayuntamientos el sostenimiento de las escuelas públicas. Grave error por cuanto la reforma tributaria de 1845 había mermado drásticamente la autonomía fiscal de las corporaciones locales, y la recién aprobada desamortización de Madoz acabaría pulverizando el ya de por sí menguado patrimonio concejil. Endeudados y sin recursos propios, muchos ayuntamientos aprovecharon cualquier excusa para cerrar la escuela. Otros optaron por rebajar el salario de los maestros y contratar a personas sin *venia docendi*. Ambas prácticas produjeron un resultado desalentador: a finales de la centuria España compartía con la Rusia zarista las tasas de analfabetismo más elevadas de todo el continente.

Sin embargo, desde 1860 los niveles de escolarización de Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya estaban por encima de la media española. Este puesto de privilegio era el resultado de la acción tutelar de las Diputaciones forales, que tanto criticaron la ley Moyano por centralista y por no reconocerles explícitamente atribuciones en materia de enseñanza. Pero las autoridades forales se las ingeniaron para extender su radio de acción también al campo educativo. No sólo supervisaron la actuación de las comisiones provin-

ciales de enseñanza. También animaron a los padres para que enviaran a sus hijos a la escuela y exigieron a los alcaldes que las dotaran convenientemente. Además las Diputaciones forales, que gozaban de una considerable autonomía fiscal, financiaron con generosidad los institutos de enseñanza secundaria que la ley ordenaba abrir en las capitales de provincia, al tiempo que crearon y sostuvieron por su cuenta centros tan emblemáticos como las escuelas prácticas de agricultura. Incluso antes de la abolición foral, las cuatro Diputaciones de Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya mantuvieron conversaciones entre sí tendientes a solicitar del gobierno central la creación de una universidad vasca.

En el resto de España la escolarización siguió progresando, aunque no de forma espectacular. Desde 1900 el Estado asumió la financiación de la enseñanza primaria a través del Ministerio de Instrucción Pública. Condición necesaria pero insuficiente para erradicar un analfabetismo más acusado entre las mujeres que entre los hombres, más extendido en el sur que en el norte y más persistente en el campo que en la ciudad. Poco a poco la escuela abrió sus puertas a las clases sociales más humildes, aun cuando el tiempo medio de permanencia fuera sorprendentemente corto y la enseñanza recibida se redujera en la mayoría de los casos a las cuatro reglas, saber leer, escribir y algo de doctrina cristiana. El bajísimo nivel de instrucción iba acorde con el lento desarrollo económico español y la concepción acusadamente clasista de la clase política de la Restauración. Por lo demás, el arcaísmo de los métodos pedagógicos fomentaba en los alumnos actitudes tan pasivas como acriticas. De ahí la necesidad de modernizar la escuela exigida por los regeneracionistas, y de adaptarla a las realidades socioculturales de la comunidad planteada por los autonomistas catalanes y vascos.

Ambas preocupaciones calaron en la sociedad vasca, que en 1918 apoyó sin reservas la convocatoria del I Congreso de Estudios Vascos reunido en Oñate. Bajo el patrocinio de las cuatro Diputaciones, ya para entonces provinciales, surgió de aquella reunión Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos, que dedicó una especial atención a la enseñanza en los Congresos siguientes (Pamplona, 1920; Gernika, 1922). Desde su fundación, El-SEV defendió la creación de una escuela vasca, publicó los primeros textos escolares en euskera y sentó las bases teóricas de la enseñanza bilingüe desde los postulados de la moderna pedagogía teórica y experimental. Este ambiente renovador se benefició del aliento ético y democrático que trajo consigo la II República. Los gobiernos republicanos elevaron generosamente la dotación presupuestaria del Ministerio de Instrucción Pública, alentaron la actualización de los contenidos pedagógicos y mejoraron la capacitación profesional de los cuerpos docentes. Los nuevos responsables de la política educativa estaban convencidos de que la letra con sangre no entra. Deseaban reemplazar los viejos métodos memorísticos, rutinarios y reiterativos por otros capaces de estimular la curiosidad intelectual de los alumnos. No sólo estaban por la coeducación y la plena incorporación de la mujer a la Universidad. También por una enseñanza razonada, humanística y científica en la escuela.

Mas la guerra civil truncó aquellas experiencias pedagógicas tan prometedoras. La disolución forzada de Eusko Ikaskuntza aplazó el viejo proyecto de acotar un modelo educativo acorde con las necesidades y las aspiraciones de la sociedad vasca. Dentro y fuera de Euskalerra, muchos maestros pagaron con su vida su contribución a la renovación pedagógica y muchos más fueron retirados de la docencia. En todas partes el triunfo de los militares sublevados significó el retorno a los viejos esquemas, empobrecidos si cabe aun por el tropel de ex-combatientes que, sin más méritos docentes que sus heridas de guerra, ocuparon el lugar de los maestros republicanos. La escuela nacional-católica fue una delirante mezcla de ideología y papanatismo, empeñada en recuperar las glorias

de un supuesto pasado imperial que contrastaba con la desoladora miseria presente. Ni siquiera pudo hacer efectiva la escolarización obligatoria hasta los años del desarrollismo, cuando más por el impulso de la economía europea que por los aciertos de los ministros económicos del régimen, se triplicó la renta per cápita. Preocupada sobre todo por transmitir los más rancios valores de la España eterna, la escuela franquista inculcó actitudes militaristas, jerarquizantes, sexistas, escasamente participativas y acusadamente antidemocráticas. Ni siquiera en los últimos tiempos el prurito tecnocrático y la buena voluntad de algunos maestros pudo ocultar las enormes carencias intelectuales y pedagógicas que aquejaban la escuela franquista.

Por eso tras la conquista de las libertades democráticas muchos manifestaron su deseo de adaptar la escuela a los nuevos tiempos. Ese mismo espíritu era compartido también por los supervivientes de Eusko Ikaskuntza, que en 1976 relanzaron la Sociedad de Estudios Vascos. No sólo apoyaron sin reservas el movimiento de las ikastolas. También dedicaron una de las primeras secciones de trabajo de Eusko Ikaskuntza a la educación y la dotaron con esta revista que el lector tiene en sus manos. Desde entonces Eusko Ikaskuntza ha servido como lugar de encuentro a personas y colectivos relacionados con el mundo de la enseñanza. Sirva como ejemplo el XII Congreso de Estudios Vascos (Vitoria-Gasteiz, diciembre de 1993) dedicado a analizar los contenidos del sistema educativo y al diseño de las líneas curriculares. Precisamente en la estela de aquel Congreso surgió la idea de organizar unas Jornadas sobre la calidad de la educación, que finalmente tuvieron lugar en Bilbao, en marzo de 1994.

Conscientes de la importancia del capital humano para promover el desarrollo social, El-SEV quiso reunir en un mismo foro a diversos especialistas sobre la educación de calidad. Porque el diseño del curriculum escolar no sólo debe incorporar de la forma más pedagógicamente efectiva los avances científicos, tecnológicos y comunicacionales para facilitar la incorporación de los jóvenes al mercado de trabajo en las mejores condiciones. Un desarrollo social equilibrado y sostenido exige una educación de calidad que desarrolle los valores de la imaginación, la autoestima, la responsabilidad individual, la tolerancia, la solidaridad, la convivencia democrática y la participación social. Solamente así podrá estimular la realización integral de nuestros jóvenes y les permitirá construir su propio proyecto vital, acorde con las potencialidades de cada uno y con el medio social en el que se van a desenvolver.

Estas Jornadas se inscriben, además, en el proceso renovador de estructuras y actividades de El-SEV impulsado por Gregorio Monreal desde su llegada a la Presidencia de la Sociedad. Con ellas se pretende inaugurar y dar continuidad a unos cursos de invierno, complemento ideal de los cursos de verano que Eusko Ikaskuntza viene impartiendo en el programa de la Universidad del País Vasco. Unos y otros tienen la idéntica intencionalidad: contribuir al debate social desde una óptica pluridisciplinar y propiciar la colaboración puntual con otras entidades culturales con preocupaciones semejantes. Por eso acepté gustoso las labores de organización y coordinación que me encargó el Comité Ejecutivo de la Sociedad de Estudios Vascos. Conté desde el principio con la desinteresada colaboración de Iñaki Dendaluce, Catedrático de Métodos de Investigación y Diagnóstico en Educación de la EHU-UPV. Después también respaldaron el proyecto Aurelio Villa y Peio Apodaka, miembros respectivamente de los Institutos de Ciencias de la Educación de las Universidades de Deusto y del País Vasco.

El programa final de estas Jornadas -dirigidas a docentes, inspectores y asociaciones de padres: es decir, a cuantos configuran, intervienen y participan en el eslabón primero y seguramente más determinante del proceso educativo- quedó articulado en

base a cinco conferencias y dos mesas redondas. Aquellas corrieron a cargo de reconocidos especialistas como Franco Frabboni (Universidad de Bolonia), Miguel Angel Zabala (Universidad de Santiago de Compostela), Mario de Miguel (Universidad de Oviedo), Jesús Arzamendi y Xabier Etxague (ambos de la UPV), que abordaron cuestiones relativas a las condiciones contextuales para una educación de calidad, la dinámica institucional, las variables de proceso y de producto, la necesidad de indicadores objetivos y la relación entre bilingüismo y calidad. Esas mismas cuestiones y otras muchas se plantearon en las dos mesas redondas, conducidas respectivamente por Itziar Elexpuru (Universidad de Deusto) y Feli Etxeberria (UPV). Además de la presencia de los profesores arriba citados, las mesas redondas se beneficiaron de los conocimientos y la experiencia de Luis Otano, Director del Instituto de Desarrollo Curricular y durante mucho tiempo vinculado al colectivo pedagógico Adarra, e Isabel Celáa, Viceconsejera de Educación del Gobierno Vasco. La reflexión final, recogida también en las actas que ahora se publican, corrió a cargo de Iñaki Dendaluce. Gracias a todos ellos por su colaboración. Corresponde ahora al lector juzgar si los resultados obtenidos se ajustan a las expectativas que entonces levantaron estas Jornadas sobre la calidad de la educación.

*José María Ortiz de Orruño,*  
ex-Vicepresidente de EI-SEV y  
coordinador de las Jornadas.